
La gran realidad de los Estados Unidos: la comunidad chicana

Gómez Quiñones, Juan,
Chicano Politics: Reality and Promise, 1940-1990, University of New Mexico Press, 11a. edición, 1990, 265 pp.

Javier Urbano Reyes

La historia de los Estados Unidos es la historia de las migraciones. La formación y cambios que ha experimentado este país son en gran medida resultado de la interacción de los individuos de ese gran número de orígenes. El futuro de todos los norteamericanos puede estar determinado significativamente por la comunión entre los viejos y nuevos ciudadanos estadounidenses, hacia este fin de siglo.

En su libro, *Chicano Politics: Reality and Promise, 1940-1990*, Juan Gómez Quiñones desarrolla el proceso de formación, desarrollo y estrategias de lucha de la comunidad chicana asentada en los Estados Unidos, y alguna vez denominada por Carlos Monsiváis como el primer producto estético de las migraciones hacia el país del norte.

La aparición de los chicanos, dice Gómez Quiñones, se remonta a la pérdida de más de la mitad del territorio mexicano con los Estados Unidos con la firma de los Tratados de Guadalupe-Hidalgo de 1848. El Estado norteamericano había prometido que los mexicanos radicados en el territorio arrebatado a México, serían tratados con los mismos derechos de los ciudadanos estadounidenses. La realidad fue radicalmente contraria.

La comunidad de origen mexicano, en este difícil ambiente, inicia los primeros movimientos de reivindicación. La falta de adaptación al sistema de valores anglosajón, su difícil relación con el Estado norteamericano y su falta de organización y liderazgo, los constituye, dice Gómez Quiñones, no sólo en un dilema constitucional, sino en un símbolo psicológico, con una gran utilidad económica, pero también en un gran problema político.

Desde mediados del siglo XIX, el común denominador de los chicanos ha sido la denegación de la justicia, un raquítico acceso a los puestos de decisión política; sus estrategias frecuentemente están determinadas por el fracaso. Su crecimiento demográfico (de 2 millones y medio en 1940 a 5 millones en 1960) nunca han ido al parejo de la conquista de espacios de desarrollo. La gran interacción e interpenetración entre la economía y el espectro político anglosajón, podrían ser

una de las razones que explicarían este rechazo.

Los años sesenta y setenta se constituyen como las épocas de mayor importancia del movimiento chicano. Los accesos al sistema educativo, político y económico, sigue siendo aún modestos, pero se comienzan a ver cambios sustantivos. Pero una de las grandes dificultades de esta población es su gran facilidad de manipulación política, pues dice el autor, frecuentemente ésta es atraída por los programas de trabajo y promesas de empleo de los políticos anglos, todo ello en perjuicio de las incipientes bases chicanas.

Ejemplos de la organización chicana son las innumerables. Gómez Quiñones cita a organizaciones tan célebres como la Mexican American Political Association (MAPA), la League of United Latin American Citizen (LULAC), la Mexican American Legal Defense and Education (MALDEF) hasta llegar a la United Farm Workers (UFW) que alcanza celebridad mundial bajo el liderazgo del recientemente fallecido César Chávez.

Los planes de acción, cita el autor, también se cuentan por varios. Todos ellos tenían en común la exigencia de mejores niveles de vida, de empleo, salario, vivienda, educación y representación política, entre otros. De estos planes pueden mencionarse al "Plan de la Raza Unida"; al "Plan del Barrio", este último en mucho sentidos

inspirado en las labores de Martin Luther King, y el "Plan de Aztlán" con su fuerte reivindicación de sus raíces culturales.

Por desgracia, dice Gómez Quiñones, el movimiento de esta población cometió un gran error que limitó los ámbitos de su acción. Con frecuencia los líderes chicanos conceptualizaron la lucha de estos individuos como una lucha casi exclusivamente racista. Además de esto, la excesiva alusión a una cultura en la que buscaban una independencia de muchos sectores de la vida norteamericana, provocaron agudos choques con la grandes cúpulas políticas estadounidenses. Junto a esto, la exagerada esperanza en la educación como medio de progreso, limitaron el desarrollo de estrategias más ambiciosas y de más largo plazo.

En lo que se refiere a la presencia política, la comunidad chicana siempre ha marchado en desventaja; el volumen poblacional y los potenciales votantes siempre han estado en una enorme y desfavorable diferencia. En este sentido, baste citar que en 1978, de los 3 millones de individuos de esta población en edad de votar, sólo lo hicieron 1 millón, es decir, apenas poco más del 30 por ciento. Los requisitos de actualización del padrón electoral, y la cultura generacional de los chicanos,

podrían ser unas de las explicaciones de este fenómeno.

Un rasgo importante de esta comunidad, es su enorme identificación con el Partido Demócrata, considerado por ellos como la "opción Liberal". Casi desde los años sesenta, más del 60 por ciento de este núcleo poblacional ha votado por este partido, siendo en la elección de Kennedy, el mayor porcentaje de votos chicanos, con más del 90 por ciento.

Si bien es cierto la organización política chicana pasó por una severa crisis durante los años posteriores a los setenta, también se han dado visos de mayor calidad e influencia en su peso específico. Los volúmenes de potenciales votantes van en aumento, los accesos a la educación y a los puestos políticos ahora son menos difíciles pero los retos aún son grandes. El desarrollo y aceptación de esta comunidad en el Estado vecino del norte aún se ve lejana, la singularidad de la cultura es una de las razones y uno de sus eventuales impedimentos.

El resultado de la relación transfronteriza de los chicanos y los mexicanos, dice Gómez Quiñones, es una de las razones de la constante renovación cultural y uno de los incentivos que motivan la lucha de ellos.

Refiriéndose a la influencia chicana en la elaboración de la política exterior de Estados Unidos hacia Latinoamérica, Gómez Quiñones reconoce que es casi inexistente. La falta de un

conocimiento de los problemas internos del subcontinente, además de las dificultades de organización interna ya anteriormente descritos, son las razones principales.

Finalmente, el autor propone 12 puntos de acción para fortalecer la estrategia chicana de acceso a mejores niveles de vida:

1. Utilización numérica de su población.
2. Organizaciones efectivas.
3. Concientización y trabajo de clase.
4. Organización de las uniones económicas
5. Inclusión y promoción del lenguaje español.
6. Inclusión de los derechos para la población indocumentada.
7. Incremento de ingresos, de educación y de trabajo.
8. Incremento de las habilidades y estrategias políticas.
9. Incremento del registro de votantes.
10. Incremento de la calidad del liderazgo.
11. Cooperación Pan-Latina en todos los Estados Unidos.
12. Presencia chicana a nivel internacional.

La comunidad chicana, dice al autor, no sólo es un nombre, es también la concreción de una afirmación y de una esperanza, es la praxis de la identidad. El

chicanismo supone dignidad, sentido de renacimiento que rebasa clases, regiones y líneas generacionales. Por esta razón, la permanencia de su lucha de reivindicación de los chicanos tiene enormes obstáculos, pero las perspectivas son viables a condición de que se logren superar limitaciones históricas y se profundice la

acción en todos los sectores de la vida norteamericana.

Libro de gran utilidad para los estudiosos de los Estados Unidos y para todos aquellos que, de una u otra forma, están relacionados con esas fundamentales modificaciones internas del país más poderoso del mundo.